

cramento es un afecto de amor, así produce amor; el alma por la Comunión ve y posee á su amado, se alegra de su presencia, le admite dentro de su corazón, se llena de sus gracias, recibe señales sensibles de amor, se enriquece de sus méritos, gusta y bebe de las dulzuras en su fuente, le encierra dentro de sí mismo, le abraza, le habla, le escucha y se transforma en Él (1).»

9. ¿Qué es lo que no obtendrá un alma por medio de la Comunión? S. Pablo asegura que si el Padre nos entregó á su propio Hijo y con Él nos dió todos los bienes, ¿cuáles no recibirá el cristiano á quien no solamente se le entrega Jesucristo, sino que se une estrechamente con Él? Todos los carismas celestiales se nos conceden con la posesión del Salvador; al transformarnos en Él, al fundirnos en su naturaleza divina, quedamos endiosados; todo lo hemos conseguido menos la impecabilidad, fruto vedado en el destierro de esta vida. Procuremos unirnos tan íntimamente con el Hombre-Dios Sacramentado que podamos llegarnos, como la Esposa, al beso de su boca, y á no desasirnos de Él hasta que le gocemos para siempre en el cielo.

EJEMPLO

El Ilmo. P. José Jiménez Samaniego refiere un caso peregrino sucedido repetidas veces á la V. Madre María Jesús de Ágreda, que corrobora la doctrina expuesta. Afirma que casi siempre que esta virgen comulgaba, después que recibía la divina Hostia, se anegaba en profundo y largo raptó. Durante el espiritual accidente se elevaba algunos palmos sobre el suelo, y lo más extraño era que se le habían comunicado las propiedades imponderables del Cuerpo glorioso del Salvador, ya que, ligera como una pluma, era llevada por las religiosas de un lugar á otro del convento. Las celestiales dulzuras que experimentaba eran tantas que, despierta ya del prolongado éxtasis, solía exclamar como S. Pablo, que se consideraba imponente para referirlas.

(1) Loc. cit.

SECCIÓN III

II

PROPIEDADES Y EFECTOS DE LA SANTA EUCARISTÍA CONSIDERADA COMO SACRIFICIO

XX

La santa Misa es un Sacrificio latréutico y eucarístico

Hoc facite in meam commemorationem.
Haced esto en memoria de mí.
LUC. XXII, 19.

Un Dios Hombre que desea inmolarsé por la racional criatura. Un Dios Hombre que se sacrifica constantemente por la salvación de la misma. Un Dios Hombre que no ha perdonado medio para que la víctima, el ministro y el fruto del Sacrificio fuesen tan dignos como sencillos y se vinculasen en un solo sujeto: he aquí tres ideas bellísimas que engolfan al espíritu humano en la dulce contemplación de las bondades divinas.

1. Volved si no la vista al terrenal paraíso donde el hombre conculca por vez primera el mandato divino; allí mismo es donde también el Altísimo sacrifica por vez primera su dignidad; y si á una tercera parte de los bellos ángeles con-

dena á suplicios horribles y eternos, al hombre perdona su culpa, con tal que abrigue firme esperanza en la venida de un Redentor. Las repetidas caídas del pueblo hebreo en el inmundo lodazal de la idolatría arman el brazo fuerte del Eterno contra los delincuentes; pero una y otra vez son esperados á la penitencia y perdonados sus pecados. Dios, empero, no queda satisfecho, porque su pueblo tampoco estaba harto de ofenderle. No sacrificaré ya mi dignidad, dice, sino yo mismo seré el sacrificado para que el hombre no se pierda. Para el efecto inventa un Misterio y le halla cumplidamente en la Divina Eucaristía, donde es sacrificado perpetuamente por la salvación del hombre.

2. Esa Hostia inmaculada, señal sensible del amor eterno que profesa Dios á los hombres, es la que, efecto de las venerables palabras sacerdotales, se multiplica en todos los lugares y muchas veces al día; en ella, Jesucristo viviente se sacrifica tantas cuantas veces el ministro del Altísimo celebra la santa Misa; y si no derrama su sangre en el suelo, cual lo efectuó en el Calvario, la vierte sin embargo copiosa é incruentamente sobre el suelo eucarístico del altar cristiano; y aquella hermosa profecía de Malaquías (1), que anunciaba al pueblo de Israel ser grande el nombre de Dios entre todas las gentes, y que en todos los lugares se sacrificaba y ofrecía al nombre de la Divinidad una ofrenda pura, es un bello pasaje que confirma una vez más que Jesucristo se sacrifica constantemente por el ser humano.

3. Tendamos ahora nuestros ojos sobre todas las inmolaciones de los infieles, y notaremos que ninguna de ellas reunió perfectamente en un sujeto mismo la víctima, el ministro y los frutos de que debe constar el sacrificio en general; ojeemos las sagradas páginas del antiguo Testamento, y observaremos que aun el sacrificio mosaico, ofrecido al Dios verdadero, y legítimo también hasta la venida del Mesías, tampoco reúne los requisitos mencionados, y deduciremos lógicamente que ninguno de estos sacrificios es per-

(1) Malach., I, 11.

fecto; que sólo un sacrificio, que pudo abarcar tan excelentes prerrogativas, es el verdadero, porque es el perfecto, y éste es el Sacrificio eucarístico, el sacrificio del Altar. De esta oblación incruenta, ¿qué frutos, qué bendiciones no se obtendrán? Los iremos estudiando en éste y siguientes discursos.

En el presente espero demostrar que *el adorable Sacrificio de la Misa es: 1.º Latréutico y 2.º Eucarístico*. La primera parte será á su vez distribuída en estos cinco términos: ¿Quién, qué, á quién, cómo y por qué se ofrece? La parte segunda será objeto de estos dos: Debemos dar gracias á Dios en la Misa por ser nuestro Señor y Bienhechor.

§. I.

4. No digamos una palabra de que el Eterno, en vista de las groserías escandalosas que el pueblo hebreo cometía al ofrecer el sacrificio, detestó absolutamente las ceremonias mosaicas y prometió la institución de una nueva y perfecta oblación; no hagamos mención de que ésta es necesaria á la Religión como la Religión es indispensable al hombre, y de que la ofrenda pura debe ser una sola, como una sola debe ser la Religión verdadera, como uno solo es el verdadero Dios; dejemos á un lado la Tradición que, acorde, atestigua que el legítimo Sacrificio es el eucarístico; tampoco abramos la historia, ni ojeemos sus bellas páginas porque sus grandiosos monumentos y sus claras inscripciones, edificados y grabados respectivamente en las catacumbas de los pueblos antiguos, son tan brillantes, despiden luz tanta á la Historia de la Eucaristía, como hemos tenido el placer de observar en el Tratado III de esta Obra; olvidemos, finalmente, tantas preciosas liturgias, tantos respetables Concilios, tantas asambleas eucarísticas, tantos decretos canónicos y civiles, tantos suntuosos templos, tantos valientes escritores y defensores de la Hostia santa, tantos ricos volúmenes y objetos de arte, tantos valiosos documentos, en una palabra, que testifican mil veces la existencia del Augus-

to Sacrificio de los altares, que acreditan su fundamento sólido, su fecunda vida, su historia hermosísima.

5. Y dejando aparte todas estas felices recordaciones, estudiemos qué significa la palabra *Misa*. Comúnmente se cree ser derivada del verbo *mitto*; por lo cual advierte San Gregorio (1) que la Misa es como una transmisión que el pueblo cristiano hace del Cuerpo y Sangre de Jesucristo á Dios.

Es además la santa Misa una Oblación sensible y externa del Cuerpo y Sangre de Cristo, la cual ofrenda ha de ser inmutada ó destruída por ministro legítimo, con objeto de manifestar la suprema excelencia y dominación del Altísimo sobre todas las criaturas, y nuestra sujeción á su eterna voluntad. Con esta forma de Oblación, conmemoración perfecta de la del Calvario, inten'amos reconocer en Dios su excelencia suma, su infinita bondad, su adorable Majestad, y su absoluto dominio sobre nosotros. Jesucristo, al anonadarse profundamente en el Sacrificio de la Misa, mediante la destrucción completa de las especies sacramentales, reconoce en su eterno Padre todos estos dignísimos títulos.

6. El cristiano ensancha los pliegues de su alma cuando, juntamente con la razón de la fe, esa luminosa antorcha divina que le guía por todas las obscuridades del mundo presente, desvaneciéndole todas sus penumbras, se acompaña de la fe de la razón, en presencia de la cual se alegra, porque la comprende en todas sus circunstancias. Nada más sencillo ni más heroico al propio tiempo que un puro acto de fe en la presencia real de Jesucristo en el altar; pero también nada más propio ni más útil que ver confirmada esta hermosa fe por los tiempos y por toda clase de monumentos. Ante aquel acto sobrenatural podrán retroceder los incrédulos, mas ante los monumentos que ofrecen los siglos no puede retroceder sino el loco. El Santo Sacrificio de la Misa ha sido objeto del arte en los primeros siglos de la Iglesia.

Un elegante mosaico de S. Vital de Rávena, que data del

(1) Lib. 4 diálogo, cap. 58.

siglo VI (1), presenta un doble emblema del sacrificio eucarístico. En la parte alta se destaca una mano en dirección hacia abajo, que representa la divinidad; y en la parte inferior se muestra Abel, vestido de pieles y ofreciendo á Dios un cordero en Sacrificio. Es el Cordero divino cuyo emblema es el cordero de Abel. En la parte opuesta, y junto á una mesa elegantemente adornada, en la que se ve un Cáliz con dos asas en el medio, y dos grandes panes uno á cada lado, está Melquisedec que, vestido con la pénula, recubierta por una túnica ceñida, al modo que celebran los sacerdotes griegos, eleva hacia la Majestad infinita un pan sagrado. Es la Hostia inmaculada, figurada por el pan de la proposición de Melquisedec. He aquí, por lo tanto, un bellissimo emblema del sacrificio de la nueva Ley, con la circunstancia de mostrarse latréutico y eucarístico. El artista quiso revelarnos por medio de una pintura semejante la creencia de los primeros siglos de la Iglesia en el dogma del Sacrificio santo del Altar.

7. La fe nos enseña además, que el que se ofrece en los altares cristianos es el mismo Hijo de Dios humanado. Las circunstancias que le rodeaban en los últimos días de su vida mortal eran críticas, tristes, horribles; pero no obstante, antes de separarse de los hombres les deja un Misterio grande; en Él todo lo da, pues se da á sí propio; y al mandar que se ofrezca este Misterio sobre el Gólgota eucarístico, ordena que se le inmole á Él mismo. Jesucristo, en efecto, había perfeccionado el sacrificio de Abel, ofreciendo á Dios lo mejor de sus bienes; había completado el sacrificio de Abraham, inmolando el objeto de su amor; había cumplido el símbolo de Melquisedec, presentando á Jehová el pan y el vino; había, finalmente, instituído un nuevo sacrificio, no figurativo como aquéllos, sino verdadero, y en el que ofrecía, no parte de los bienes celestiales, sino todo el sumo Bien. Si con el Hombre-Dios nos vienen todos los bienes, inmolándose en el Altar este mismo Dios-Hombre, ciertamente que por el Sacrificio del Altar, complemento y realidad de los figu-

(1) Ciampini. *Vet., mon., II, tab. XXII.*

rativos sacrificios, se nos derraman con Él todos los bienes.

8. Pero ahondemos todavía más en este asunto. Si Jesucristo es quien se ofrece en la Santa Misa, se ofrece verdaderamente en calidad de preciosa Víctima. Es preciso tener nuestros ojos hacia el Calvario de Jerusalén para volverlos á fijar después en el Calvario del Altar. Allí se nos muestra el Hombre-Dios pendiente de tres gruesos clavos, frío, exánime, lleno de múltiples llagas y con la sangre á sus pies. Es una Víctima de la ira divina, que ha reemplazado las víctimas humanas que debían de haberse inmolado por la salvación del mundo, lo cual no llegó á efectuarse porque el Hijo de Dios lo estorbó. Esa Víctima fué aceptable al Eterno porque es divina. Pero la Víctima de nuestros altares, es la misma que la de la cruz, con la diferencia de que no se muestra con los lúgubres trofeos de la muerte sino con los bellos atavíos de una vida gloriosa. Sin embargo, esa Víctima resucitada se muestra humillada, anonadada hasta el punto de ser destruída incruentamente por el sacerdote, que en el Altar desempeña el ministerio de asistente de Jesucristo.

Y no es que el sacrificio de la Cruz fué imperfecto ó defectuoso, como quizá pareciera á alguno ante la sublime reiteración de este sacrificio en el Altar, no; el sacrificio de la Cruz fué perfectísimo y copiosísimo; ahora que el de la Misa aplica la sangre que se derramara en la Cruz. Aquél removió las puertas del cielo para que pudiesen entrar cuantos utilizar quisieren la sangre de Jesucristo; éste impele á que entremos por ellas. El de la Cruz fué causa de la Gracia; el de la Misa la conserva, la aumenta y hasta la causa mediatamente. El de la Cruz es suficientísimo para salvarnos del pecado y del infierno; pero que, atendidas nuestra inconstancia en el bien y nuestra suma fragilidad, nos es indispensable el de la Misa para conservarnos en la Gracia y completar la salvación eterna.

9. Este adorable Sacrificio es la acción más solemne del Catolicismo por medio de la cual se descarga la Iglesia de todas sus deudas; por consiguiente debe dirigirlo exclusiva

é inmediatamente á Dios. Explicaré el argumento. Todos los cristianos, y la Iglesia Católica en nuestro nombre, estamos obligados á rendir gracias al Excelso por los beneficios recibidos, á solicitar el perdón de nuestras culpas y á pedir las mercedes que necesitamos; empero muy en particular tenemos el deber estrecho de rendir á Dios la gloria y el honor que le son debidos. Ahora bien: como el Sacrificio del Altar es la Acción más digna para este efecto, he ahí por qué el Sacrificio debe dirigirse inmediata y exclusivamente á Dios. Lo tenía así determinado el Señor al anunciar que en todo lugar se celebraría el sacrificio eucarístico *á su nombre*. La Iglesia, en efecto, secundó en todo tiempo los planes de su divino Fundador; por eso cuando presenta en la Misa la oblación de la Hostia dice: *Suscipe Sancte Pater...* No dice: recibe, oh Virgen, ó santos ángeles y bienaventurados, porque semejante dedicación constituiría un solemne acto de idolatría; sino que ofrece el sacrificio á solo Dios. ¡Tal dignidad encierra el Sacrificio de la Misa! Ciertamente nos asociamos á la digna Madre de Dios, á los coros angélicos y á los santos para que nos representen ante el Señor, para que le muestren nuestras fervientes súplicas, y para que, juntamente con ellos, nuestras plegarias y en particular nuestro Sacrificio sean más aceptables á los ojos del Altísimo. Los ministros, las ceremonias, los ornamentos y utensilios para celebrar, á solo Dios se dirigen. «Si nos dedicamos á la oración, dice un renombrado orador (1), es por conseguir los favores de Dios; si hacemos penitencia es por satisfacer su justicia; si nos ejercitamos en buenas obras es por enriquecernos de merecimientos; si recibimos el augusto Sacramento es por santificarnos y unirnos con Dios; pero cuando asistimos al Sacrificio de la Misa, si nuestra intención se conforma con la naturaleza de la acción, no tenemos otro fin que honrar á Dios.» El Salvador, al presentarse como víctima, delante de su Padre, le repite las mismas palabras que pronunció el salmista en nombre del futuro Mesías

(1) P. Espinosa. Octávano del Smo. Sacram.
Tomo VII